

Pepita de Chirel
**Universidad de Los Andes. Ediciones del
Vicerrectorado Académico. Mérida, Venezuela 2003.**
Magaly Burguera

Simón Noriega

Esta amena y excelente obra de Magaly Burguera sumerge al lector en la vida cotidiana de la Colonia. Es una ocasión, no solamente para el disfrute, sino también para reflexionar sobre la personalidad histórica de la Venezuela actual. En estos días de comienzos del siglo XXI, cuando el abuso de poder y el resentimiento social definen nuestra realidad política, no faltan razones para pensar que aún vivimos las secuelas de nuestro pasado colonial. He aquí una de las razones para leer esta novela, que muy ingeniosamente Magaly Burguera ha extraído de un extenso documento de la época. Y es que *Pepita de Chirel* nos coloca como espectadores de primera fila en el escenario del período colonial, razón por la cual viene como anillo al dedo tanto a los especialistas de historia colonial como a los estudiosos de nuestras vicisitudes políticas.

Para quienes se interesan en el conocimiento de la vida real, pura y simple, de nuestro pasado colonial, la lectura de esta novela los pondrá en contacto hasta con el olor a viejo de las decoloradas y ajadas sotanas de los misioneros franciscanos; así mismo, sentirán en carne propia los abusos de autoridad de los funcionarios españoles, la discriminación del indio y el papel subordinado de la mujer en una sociedad fundamentada en la picardía, la mentira, la hipocresía y en la injusticia.

Personajes como el Fray Gaspar de la Zarza, el Gitanillo, o el corregidor de Naturales Don Francisco de Alcalá son la mejor expresión de aquella actitud refractaria de España a las ideas de la Ilustración. No es un invento que en el siglo XVII España decidió encerrarse en sí misma dando la espalda al desarrollo capitalista.

Ciertamente no careció de intelectuales liberales, pero éstos no fueron capaces de transformarla. Ya lo señalaba Don Gregorio Marañón cuando tan ácidamente decía que, con muy raras excepciones-el Padre Feijoo entre ellas- los intelectuales españoles del siglo XVIII fueron en mayoría grafómanos mediocres o gentes de menor categoría.

No será difícil entonces inferir cuál era la situación en las colonias. Aquí en estas tierras tropicales, todavía escasamente habitadas cuando casi concluía el siglo XVIII, sus clases dirigentes no tenían pensamiento sino para sus proyectos personales. Acogían las reformas borbónicas sólo cuando calzaran en las dimensiones de sus propios negocios. Fue una práctica no ajena ni siquiera al sector religioso. Así, un cura ambicioso e intrigante como Fray Gaspar de la Zarza, no vacilaba en censurar a sus compañeros de orden cuando consideraba que aquéllos se habían apartado de su misión divina, pero jamás se acusaba ni se arrepentía de sus propios pecados, pues sin el menor rubor se lucraba sistemáticamente del trabajo de los indios. Y personaje no menos nefasto moralmente es el llamado Gitanillo. Es acaso la semilla de nuestro moderno populismo. El Gitanillo era el campeón de la mentira y la manipulación. De allí que, a través de las páginas de esta novela, el lector podrá explicarse en parte la razón de ser de nuestros males sociales. En este sentido, *Pepita de Chirel Pimienta de las Indias*, más que una antigua fotografía que cuelga quieta y pacíficamente en la pared de una casa, es como un film tomado de la realidad de la Venezuela actual.

Pepita de Chirel es también un homenaje a la mujer venezolana. En este sentido nos hace recordar un poco la atmósfera de **Ifigenia** de Teresa de la Parra. Hay dos personajes femeninos, Angustia y Pepita de Chirel, que vienen a ser un himno a la liberación de la mujer. Angustia es la española trasplantada en América. Viene de Andalucía en busca del Gitanillo, su marido fugitivo. Pero el marido rechaza a la esposa y ésta, abandonada, busca a un amante que es a su vez su mayordomo. Pepita de Chirel, o Dominga, como es su verdadero nombre, es una india de la gran familia de los Chaimas,

altiva, taciturna, y cuyo inocente y libérrimo comportamiento sexual escandalizaba a la mentalidad primitiva del español de la época. De allí deriva el apodo de *Pepita de Chirel*, ocurrencia nada menos que del Corregidor Alcalá. Un buen día la justicia colonial decidió castigar a Dominga por «presunción de vida licenciosa». Y los insólitos y bárbaros castigos de la justicia colonial se ejecutaban en público, en crueles sesiones animadas por el populacho, tal como leemos a continuación:

(...). Presumiendo la mala sangre caribe que Dominga llevaba por dentro y viendo que conservaba su talante altanero, todos esperaban verla dar aullidos demoníacos, zafarse de los guardias y abalanzarse como una fiera sobre el Corregidor, tumbarlo a patadas, sacarle los ojos y comérselos. Pero al revés de lo que daban por hecho, la india se dejó conducir mansamente a la mitad de la plaza sin poner resistencia. El corregidor pidió la ayuda al Teniente para apartar la espesa masa de cabello, debajo de la cual ella trataba de esconder la cara. La amarraron al botalón y el ayudante desgarró de un tirón el llamativo traje estilo pescado, exponiendo su piel dos o tres tonos más amarilla que la de las otras indias.

(...)

Don Francisco se alejó un tanto para contemplar a distancia la gloriosa estampa de cuerpo entero, caminó de regreso e introdujo la nariz entre los muslos sudorosos de la india. Aspiró profundamente y rió complacido:

- Chirel puro- dijo, y dio la orden de que comenzaran los manotazos, y animó a la muchedumbre a corear: Uno, dos, tres- hasta contar cuarenta.

Y es necesario subrayar que el valor de esta novela no se reduce únicamente a su trasfondo histórico. De ella nos atrapa también su escritura, las maravillosas descripciones de los paisajes de las

penínsulas de Paria y Araya, o del recorrido del largo camino de Fray Gaspar. En algunas ocasiones la autora llega a los límites de la poesía. Veamos:

De espaldas al azul imponente del golfo triunfó el color de la arcilla quemada. De cuando en cuando interrumpido por los retazos verdes de las siembras de lechozas, para volver a dominar el amarillo quemado hasta perderse la vista. Cada planta de lechoza tenía el aspecto de una sílfide, pero de tetas plenas, como repetidas Venus prehistóricas.

Y llega también a la frontera de lo fantástico cuando nos narra la misteriosa desaparición de Dominga y de sus amores con el Gitanillo. En fin, no se trata simplemente de una historia, sino del desmontaje de una historia que nos conduce al deleite de la literatura pura. Es por esta vía que Magaly llega a interpolar en su novela los versos de *Azul*, el soneto más conocido de Cruz María Salmerón Acosta, el poeta de Manicuaire, pequeña población de la península de Araya, cuyas luces algunas noches se divisan desde Cumaná. Salmerón Acosta murió de lepra en tiempos de Juan Vicente Gómez, enfermedad común en toda la península desde la época de la colonia. Julieta, amiga de la indoblegable Angustia, murió del mismo mal en ese mismo pueblo, de sol siempre inclemente y de suelo árido y salífero.

Presente y Pasado. Revista de Historia. ISSN: 1316-1369. Año 9. Volumen 9. N°18.
Julio-Diciembre, 2004. *Escuela de Historia, U.L.A. Mérida Venezuela. Reseñas, pp.207-228*

